

## PUBLICACIONES SOBRE TARRAGONA

JUAN SERRA VILARÓ. *La muralla de Tarragona*. Archivo Español de Arqueología XII, 76 (1949) 221-236; 5 dibujos, entre ellos un plano de la muralla y una sección, y 16 fotograbados.

Los datos que con relación a la muralla de Tarragona ya conocíamos por el folleto, cuyo texto fué casi improvisado, *Scavi e ritrovamenti in Spagna* [J. Serra Vilaró. Quaderni dell'Impero. Reale Istituto d'Studi Romani 1946] han sido ampliados y algunos concretados con este magnífico artículo.

Serra Vilaró investigador incansable, cumplidos sus 70 años, ha publicado este trabajo de trascendental importancia para la historia de Tarragona. También en este punto, como ya lo ha hecho en otros, el ilustre excavador presenta la realidad del hecho que con su firmeza derrumba las afirmaciones emitidas un poco a la ligera sobre el tema de las murallas de Tarragona que ha tenido que aguantar, lo mismo que otros muchos capítulos de la historia de nuestra ciudad, una abundante literatura muy aparatosa y poco científica.

Es hora ya de decir que de la muralla de Tarragona se ha hablado, salvo honrosas escepciones, de espaldas a ella. Porque ni se habían estudiado los documentos relacionados con ella ni se había explorado científicamente su estructura. Excavación y documentos son los dos pilares. Serra Vilaró ha cogido un capítulo; yo tengo empezado el otro y espero pronto, poder decir algo más sobre nuestra muralla.

El estudio de la muralla de Tarragona lo desarrolla Serra Vilaró en varios apartados de los que deben destacarse los titulados: *su estructura, recientes exploraciones, época del material encontrado y duplicidad de arquitectos*.

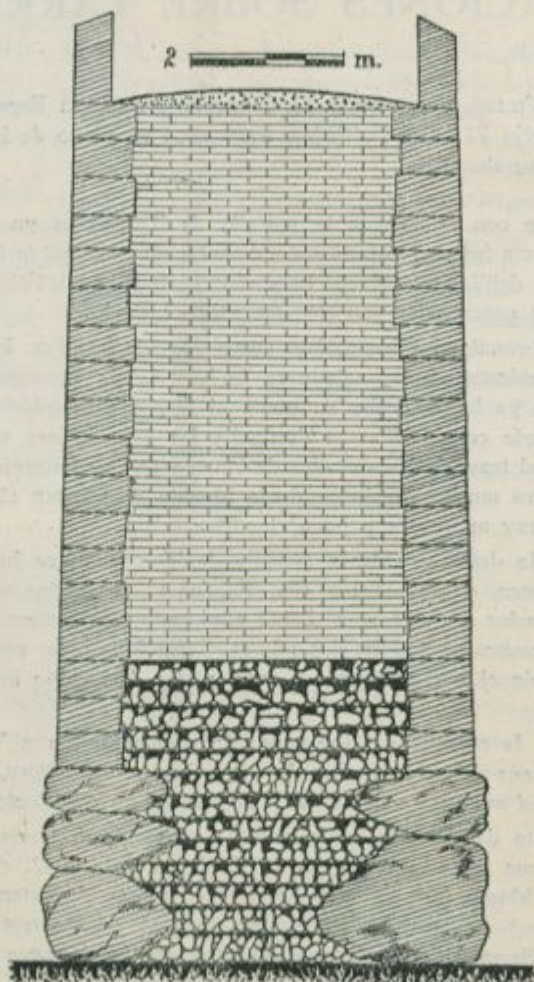
El conocimiento del interior de la muralla se puede decir que empieza en el derrumbamiento que tuvo lugar el día 19 de febrero de 1932, cerca de la torre llamada de San Magin (por hallarse junto y en la parte posterior de la capilla del mismo nombre) o torre de la Minerva (por el relieve que presenta en su parte superior). Serra Vilaró, entonces Director de las Excavaciones de Tarragona, comprendió que aquella ocasión podía aprovecharse para estudiar no sólo la estructura de la obra, sino también para fijar, todo lo posible, la fecha de su construcción. Aquella parte caída, después de asegurar convenientemente la avería, se dejó sin reconstruir para mostrar a la vista el interior de la construcción.

*Su estructura.* La muralla se construyó levantando dos muros paralelos separados por una distancia de unos 3 1/2 metros.

Tanto uno como otro muro, tienen la parte inferior formada por grandes piedras, sin trabajar, la llamada parte ciclópea, de una altura algo superior a los dos metros. Sobre esta parte, se levanta otra formada por sillares de arenisca blanda o de la piedra dura de la colina.



Los dos muros paralelos de la muralla están unidos por unos muros transversales, distantes unos diez metros unos de otros, formados por sillares que se apoyan sobre el relleno de la parte inferior.



Reconstrucción de un corte de la muralla. Parte inferior «ciclópea» y relleno de piedras y tierra. Parte superior de sillares con relleno de adobes  
Grabado facilitado por el Director de «Archivo Español de Arqueología»,  
Dr. D. Antonio García y Bellido

El espacio intermedio existente entre los muros, está relleno. La parte inferior, de piedras y tierra, relleno éste que llega, en general, hasta la cuarta hilada de sillares. Desde allí hasta arriba, hay capas sucesivas de adobes secos al sol y amasados, muchos de ellos, con tierra y paja.





Interior de la muralla (sector del Matadero). Corte en el que se aprecian, a la izquierda de la fotografía, las diferentes capas del relleno de adobes





Corte de la muralla que se conservará dentro del Museo en construcción.  
Se distinguen perfectamente las dos clases de relleno, el inferior de piedras  
y tierra y el superior de adobes

Grabados reproducidos con el beneplácito de la  
Dirección de «Archivo Español de Arqueología»



Este relleno debía estar cubierto y protegido de las lluvias por una capa de material impermeable.

El cimiento ciclópeo además de desempeñar su papel en la parte constructiva, fundamento y protección contra la humedad, tenía según mi opinión (la idea inicial es de mi compañero E. Bâncora) una finalidad especial que cumplir al ser parte de una construcción bélica. Era la defensa de la construcción contra el ariete que si al golpear contra sillares de caras lisas y bien colocados los hubiera embutido con facilidad, el choque contra grandes bloques de piedra de superficies rugosas y puestos irregularmente, producía poco efecto. Esto parece confirmarse por el hecho de que la parte "ciclópea" externa está formada por bloques de mayor tamaño que los de la parte interna. Los sillares, sobre todo los de arenisca, no hubieran resistido mucho la humedad y menos el golpe del ariete.

La construcción se iniciaba elevando los muros al mismo tiempo que se rellenaban los espacios interiores. Las piedras del relleno inferior se cubrían, para facilitar el trabajo de los obreros, con capas de tierra. Estas capas de tierra están separadas entre sí unos 40 cm. El relleno de piedras y tierra seguía entre las primeras filas de sillares lo que demuestra una continuidad en la construcción. En cuanto este relleno alcanza la altura de los sillares, aparecen en él al mismo nivel de separación de una fila de sillares de otra, unas capas amarillas de uno o dos centímetros de espesor. Esta capa amarilla formada por polvo procedente de los mismos sillares muestra que éstos eran arrastrados para su transporte sobre la fila inferior, hasta colocarlos en su sitio. El polvo desprendido dejó marcado en el relleno las diferentes filas.

Los sillares utilizados son paralelepípedos de dimensiones variables, que oscilan alrededor de los valores siguientes: 1'10 m. x 0'90 m. x 0'50 m. Están colocados apoyándose sobre una de las bases mayores, de forma que el grosor del muro es aproximadamente de 0'90 m. Muchos sillares presentan almohadillado en su cara exterior y bastantes, señales ibéricas.

En el hueco dejado entre las paredes de sillares, a partir de las primeras hiladas y sobre el relleno inferior de piedras y tierra, se colocaba el relleno de adobes, cuyas dimensiones aproximadas son: 490 mm. x 310 mm. x 90 mm., apoyados sobre su base mayor. Los adobes están unidos entre sí con tierra o barro de distinto color.

*Recientes exploraciones.* Serra Vilaró aprovechando diferentes reparaciones hechas en la muralla había hallado en la tierra que formaban los adobes y en el relleno de la parte inferior fragmentos de cerámica, algunos de ellos característicos de una época, como eran: fragmentos de cerámica "ibérica" pintada con círculos concéntricos, trozos campanienses (algunos de ellos con las palmetas impresas) y un trozo de la cerámica gris de "paredes delgadas". Estos hallazgos hechos en la parte del Matadero y torre de Minerva mostraban que, por lo menos, aquella zona de muralla se había levantado en el siglo III a. de J. C.

Al hacerse las obras del nuevo Museo, ha podido confirmar todo lo dicho con anterioridad sobre la estructura de la muralla, fecha probable de su construcción, etc. Allí ha encontrado Serra Vilaró además, junto al muro interior de la muralla, un tercer muro de sillares unido al cercano por unos travesaños distantes unos 7 metros. Es probable que se trate del muro de contención necesario para formar una rampa.



*Epoca del material encontrado.* La cerámica hallada en el interior de la muralla es del siglo III a. de J. C. Esta cronología la confirma Serra Vilaró, con las excavaciones hechas por él mismo en los poblados ibéricos de Castellvell (Solsona) y San Miguel de Sobra (Cardona) [Memorias de la Junta Superior de Excavaciones núms. 26 y 44] en donde recogió además algunas *glandae* utilizadas por los romanos en el ataque a los poblados citados. Es decir que la muralla de Tarragona es del tiempo de la llegada de los romanos a España.

*Duplicidad de arquitectos.* Estas afirmaciones hechas hasta aquí se limitan a los sitios explorados en la muralla que son, por otra parte, los más distantes entre sí y los mejor conservados. El sector del Matadero, nuevo Museo, y parte cercana a la puerta del Rosario. Por lo tanto esto parece indicar que toda la muralla de Tarragona es romana.

Sin embargo el hecho de que exteriormente las torres de Minerva, Cabiscol y del Arzobispo, presentan un aspecto distinto a la parte estudiada, con sillares de otras dimensiones y cimientó "ciclópeo" de diferente altura, le lleva a suponer a Serra Vilaró la posible existencia de dos arquitectos en la obra. Hace notar el ilustre excavador que los muros interiores que unen estas torres son mucho más modernos que los exteriores, es decir, que se trata de trozos reparados posteriormente, y que por lo tanto no se pueden sacar conclusiones firmes de ello mientras no se explore su interior.

El trabajo de Serra Vilaró es en cierto modo una reparación al tarraconense Emilio Morera y Llauradó. Morera con buen criterio supo ver a través de la bruma, bruma que hacía venir a las más lejanas razas a construir la muralla, la verdad de la obra. Ya Morera arremetió contra las "manifestaciones inverosímiles", las "fantásticas teorías", y las "peregrinas afirmaciones" de Laborde, Hernández Sanahuja, Guillén García, Albiñana, Pierre, Parés y otros, y fijó como origen de la muralla, el romano. Romano tanto el zócalo "ciclópeo" como la parte de sillares.

De las razones que él aportaba en apoyo de la hipótesis romana merecen recordarse aquí, las siguientes:

a.—El hecho de estar la muralla de sillares levantada sobre el cimientó de bloques "ciclópeos", siguiendo el mismo trazado sin la menor discrepancia ni variación, mostraba una misma guía en la obra. Si el zócalo "ciclópeo" hubiera correspondido a una raza muy anterior a la llegada de los romanos, no se explicaría que éstos, al cabo de varios siglos, más civilizados y con ideas evolucionadas sobre la guerra y la fortificación, siguieran en su más pequeño detalle el primer trazado.

b.—El contrafuerte de la Bajada del Rosario, hecho para sostener la parte de sillares del muro interior de la muralla, está construido como toda la obra (parte "ciclópea" abajo y sillares en el resto), es decir, que el contrafuerte se construyó para la muralla romana y por lo tanto los que le dieron la misma estructura del resto, eran romanos.

c.—En construcciones romanas del interior de la ciudad habían aparecido cimientos "ciclópeos" de iguales características que los de la muralla.

A pesar de que Morera habló de la muralla de Tarragona con claras razones, se dejó a un lado su hipótesis y nuevas teorías aparecieron. Schulten nos trajo los etruscos y desorientó el tema; Pick quiso, por el aspecto externo, fijar las diferentes etapas en que se había construido y reparado la muralla. Nueve periodos



llegó a distinguir el estudioso alemán. Mucha voluntad puso en su trabajo, detallado en grado sumo, pero pecó de atrevido por no conocer exactamente las vicisitudes de la muralla a lo largo de los siglos. (Interesa señalar aquí que los trozos explorados por Serra Vilaró son aquellos en que Fick supone la parte "ciclópea" más antigua).

Espero demostrar, cuando llegue su hora, que excepto las partes exploradas por Serra Vilaró (con adobes de relleno) y algún otro trozo intermedio, todo lo demás, incluso las torres, ha sido transformado de tal manera que casi puede decirse que desde los romanos no se ha conservado ninguna piedra en su lugar primitivo. Y es que el fallo de Fick se ha repetido en otras ocasiones, y así por sólo comparaciones y parecidos más o menos cercanos se llegó en 1948 a convenir que el fundamento "ciclópeo" de la muralla de Tarragona era anterior al siglo VI a. de J. C. [Octavio Gil y Farrés, *Ampurias. Sus murallas: aparejos y cronología*. Revista de Archivos Bibliotecas y Museos LIV, 2 (1948) 296].

También, fruto del mismo error que comento, son algo atrevidas las dos conclusiones a que llega García y Bellido al observar las distintas alturas alcanzadas por los cimientos "ciclópeos" en las diferentes partes de la muralla [*La Arquitectura entre los Iberos*. Madrid 1945, pág. 37] y también carece de fuerza la objeción puesta a la hipótesis de la construcción de la muralla [O. c., pág. 39]. La muralla en muchas partes está transformada en grado sumo y de su aspecto actual no podemos deducir conclusiones firmes y referirlas a los tiempos pasados.

Fick alegó contra las puertas "ciclópeas" ya que la falta actual de sistema de cierre y sus pequeñas dimensiones no casaban con los romanos. Lo relacionado con estas puertas, en realidad poternas militares, para uso en tiempo de guerra, ya se expuso en esta Revista [*Recordando los orígenes romanos de Tarragona*, conferencia pronunciada por J. Avellá, Este Boletín L (1950) 38].

Por último creo que debo aclarar que Serra Vilaró habla de dos arquitectos, y no de dos arquitectos uno primero cartaginés y otro, posterior, romano cómo cree ver García y Bellido [*A propósito del artículo de Serra Vilaró publicado en este mismo número, página 221*. Archivo Español de Arqueología XII, 76 (1949) 280]. Los cartagineses muy probablemente no pasaron por Tarragona. Desde ningún punto de vista les interesaba acercarse a la costa. La ruta seguida fué por el interior (véase la conferencia citada de J. Avellá). Aparte de esto no hay que olvidar que las partes que supone Serra Vilaró de un primer arquitecto, él mismo dice que presentan señales de haber sufrido reparación, hecho que ya observó Fick por lo que las supuso posteriores a la primera obra.

Las dos direcciones en la obra y en cierto modo los dos estilos en la construcción, suponiendo que la muralla no se ha tocado desde entonces, pueden comprenderse si se admite una primera fortificación romana, que al poco tiempo se tomó como base para el desarrollo de todo el trazado de la muralla. Los textos parecen señalar estas dos etapas o fases [Tito Livio XXI, 61. Primero se hace referencia a "...praesidio Tarracone modico relicto Emporias cum classe rediit." y más tarde se dice "Tarraconem in hiberna reditum est"].

En cuanto a las aseveraciones de Schulten sobre el origen etrusco de la muralla ya las comenté en esta misma publicación con motivo de la reseña de su libro *Tarraco* [Este Boletín. L (1950) 30].